

REFLEXIONES EN VOZ ALTA
Museo Würth La Rioja, 27 de marzo de 2010

Voy a hacer unas reflexiones en voz alta, que he dividido en dos partes. Primero hablaré del trabajo al que se enfrenta el artista de hoy. Después, de mis treinta años con la escultura.

Me van a permitir una licencia, a modo de dedicatoria.

“Muy cerca de aquí,
en ese pueblo llamado Lanciego,
un niño,
con la urgencia de ser artífice de su vida,
se escapa de su casa.
Tiene seis años.
La Guardia Civil le devuelve al hogar paterno.
Cuando llega a los diez, vuelve a intentarlo.
Esta vez logra llegar más lejos...
Pero, de nuevo, el padre le manda a la Guardia Civil.
Ese hombre se llamó Alfredo Amestoy Compañón y Ardanaz,
y fue el padre de Ignacio, mi marido.
Estoy segura de que hoy,
como un Ícaro eterno,
sobrevuela el Museo Würth
para verme, contento,
de feliz protagonista”.

EL TRABAJO ARTÍSTICO HOY

Una noticia aparecida en la Prensa hace ya algunos años, me conmovió profundamente. El pintor abstracto Willem de Kooning (1904-1997) padecía Alzheimer. No reconocía ni a su mujer, ni a sus hijos. Sin embargo, cada día, se levantaba, iba a su estudio, y se ponía a pintar. Según su mujer, estaba pintando los cuadros más hermosos de su vida.

¿Cómo era posible? ¿Qué o quién movía la mano de Willem de Kooning?

Esta emocionante anécdota señala que la tarea artística tiene un origen misterioso. Que no depende de uno. Uno es, como dice Borges, un “amanuense del espíritu”.

Anish Kapoor, tras su llegada al Guggenheim de Bilbao, ha vuelto a expresarlo: “Trabajar en el estudio es una especie de ritual pensado para dejar que las obras se produzcan a sí mismas”.

Primera reflexión.

Segunda reflexión: Todos estamos llamados a una vida creadora. El ser humano desde que nace siente la necesidad de conocer las cosas, de transformar la realidad, de ser artífice de su propia vida. La experiencia estética es una experiencia eufórica. Una experiencia que conocemos desde que somos niños. ¿Quién no tiene en su memoria ese momento mágico, de descubrimiento, en que salimos corriendo, ante el asombro, con el grito: “¡Mira, mamá, lo que he hecho!”

¿Qué ocurre después? Después se abandonan los estímulos, la motivación pedagógica necesaria, y se impone la urgencia de la lucha por la supervivencia. La supervivencia del cuerpo, por encima de la del alma.

Tercera reflexión: El ser humano necesita del arte. Adivina sus límites, y no deseando consumirse en ellos, reclama, exige, solicita la experiencia del otro para sentirse completo. Lo llama a gritos para que cumpla su función, “para que transforme en canto lo que permanece mudo”, con palabras de Rainer María Rilke.

El arte, vehículo de ideas y de emociones. El arte como una suerte de instrumento que conforma nuestra sensibilidad, que ayuda a crear una estética de resistencia contra el orden o el desorden establecido, como dice Susan Sontag.

Ambiciosa tarea, solidaria tarea: ayudar a conformar el rostro humano, a aprehender el mundo, a abrir interrogantes, a reflexionar sobre nosotros mismos. Una responsabilidad moral y social que no podemos rechazar.

Sin embargo, ¿entre qué terribles paradojas tiene lugar esta tarea! Atravesamos un tiempo de oscuridad, una nueva Edad Media brutal, cínica y materialista. Un post-humanismo en donde no hay lugar para el mundo del

espíritu. Un tiempo que nos coloca en una situación de marginalidad, de difícil salida, de feroz pesimismo.

Quizá fue siempre así y el esfuerzo del artista para cumplir su trabajo y lograr la comunicación fue siempre desesperado. No sé. Pero es bien cierto que nunca hubo las infinitas posibilidades de diálogo, de divulgación, que ofrece el mundo hoy. Y esto resulta más paradójico, más imposible de aceptar. Se acrecienta el desvalimiento del artista, su desesperanza.

Un cartel de enormes proporciones ha colgado durante más de un mes en edificio de la Casa de América de la plaza de Cibeles de Madrid, en el que se leía: “Dicen que pueden ayudarnos con su arte”. Era una propuesta de un artista, pero qué descorazonador.

Cuarta reflexión: No podemos aceptar el divorcio existente entre el arte y la sociedad, o el transcurso de caminos paralelos que no se crucen jamás. Sería una labor inútil la nuestra, sin olvidar que el artista, que trabaja a ciegas, instintivamente, necesita de los ojos de los demás, para completar su obra, para encontrarle un sentido.

Más reflexiones: El mundo fluye deprisa ante nuestros ojos. Estamos inmersos en una sociedad de mercado que nos exige una producción rápida y cambiante, sometida a los dictados de la moda. La creación de una obra ha sufrido una conmoción que desorienta e incide de forma negativa en el resultado del trabajo creador. Una presión que hace florecer la confusión. No olvidemos que el artista necesita tiempo para construir su universo, para tener un discurso.

Dos acontecimientos catastróficos han hecho aparición: el desprecio por el oficio y, unido a ello, un desinterés por el sentido de trascendencia, expresado incluso a veces sin pudor, públicamente, por algunos artistas. Exigimos “los quince minutos de gloria” de Andy Warhol. Trabajamos rápido, buscando el éxito, despreciando el hecho de que se sostenga la obra, y no sólo técnicamente, sino sobreviviéndonos, hablando al futuro sobre cuál fue el rostro de nuestro tiempo.

La falta de ese frontón necesario e ineludible, está provocando, a modo de contestación, una obra hermética, de espaldas; finalmente, endogámica. Es posible que no tengamos una idea clara de lo que es el ser humano en este

principio de siglo, de su identidad, que se presenta tan fluctuante e imprecisa como la realidad.

Se ha abierto un abismo entre la minoría que goza la cultura y la mayoría establecida ya en la sociedad del entretenimiento, de lo banal. Nuestro sueño de un arte para todos se desvanece.

Pero hay más. Más constataciones crueles. Hemos adquirido la dolorosa conciencia de las limitaciones del arte: sabemos que la cultura no nos ha inmunizado para siempre contra la barbarie. François Cheng, en sus “Cinco meditaciones sobre la belleza”, aconseja: “La belleza se sitúa en la otra punta de una realidad a la que debemos enfrentarnos. Estoy convencido de que tenemos el deber urgente, y permanente, de examinar los dos misterios que constituyen los extremos del universo vivo: por un lado, el mal, y, por otro, la belleza”.

Por tanto, y en conclusión: el mal existe, pero la belleza también. Y esa es nuestra tierra. Gran desafío. Sobre el ruido del mundo, impongamos el silencio para aprender a escuchar de nuevo, y como Sísifo cojamos nuestra piedra y volvamos a subir la montaña, con la esperanza de un nuevo paisaje. Y construyamos nuestro edificio. “Cada artista construye un edificio”, dice Eugenio d’Ors. Y hagamos, una vez más, lo que Camus grita a través de su criatura Calígula: “Demos una oportunidad a lo imposible”.

MIS TREINTA AÑOS CON LA ESCULTURA

Sólo hace un par de semanas que, a propósito de una exposición de Gehard Demetz, en Madrid, un crítico escribía: “La escultura, tal como fue entendida tradicionalmente, hace ya unas cuantas décadas que prácticamente ha desaparecido de nuestro horizonte artístico, o al menos de los debates centrales del pensamiento estético de nuestra época. Así, a cada paso constatamos que alrededor de aquellas tres dimensiones clásicas, la obra cerrada en sí misma, concentración formal y argumental de un sujeto o acontecimiento, resulta un vestigio poco menos que imposible en la actualidad”.

De acuerdo con esto, lo primero que quiero decir es que soy una escultora que nado contracorriente. No sola, ciertamente. Somos pocos los que

la seguimos practicando sin considerar cerrado este camino, ni aceptar ningún tipo de imposición. Ahí tenemos a Antony Gromley, explorador del cuerpo humano, que después de haber causado sensación en Londres con sus figuras instaladas sobre tejados, lo está haciendo en este momento en Nueva York.

Siempre digo, de una forma literaria si queréis, que no elegí ser escultora, sino que fue la escultura la que me eligió a mí. Como cuenta el buen escritor Juan Ramírez, en su para mí entrañable prólogo del catálogo de esta exposición, mi primera vocación fue el teatro. Pero una herencia de sangre, como le gustaba decir a mi padre, ya que mi abuela María Pérez-Peix fue escultora, y una herencia cultural, provengo de una familia de intelectuales y artistas, contribuyeron a introducirme en el universo de las formas. En la escultura.

“La escultura, ese arte tan castigado por nuestra época --como dice Rilke--, por ser el más cumplido paradigma del intemporal clasicismo. Por ser la escultura más esquiva al paso del tiempo, pero también por su condición de cosa, por su vocación de monumento, testimonio que nos avisa de los que vamos olvidando; es decir, lo fundamental”.

Mi especial acceso a la escultura confiere a mi trabajo, creo yo, un carácter peculiar, no solo porque me ha ubicado como “espectadora asombrada” de mi destino, por encima de mi voluntad, sino porque creo que mi formación teatral ha jugado y juega un importante papel en mi elección formal.

Creo, como dice Miró, que el lenguaje artístico es algo que nos es “impuesto”, algo difícil de explicar, que una vez reconocido como propio, tú sólo puedes llenarlo de exigencia intelectual y perfección.

Quizá porque en mis años de formación escénica aprendí a expresar con el cuerpo, ese templo de pasión, la figura humana se me impone siempre como centro contundente de cualquier reflexión.

Mis esculturas son siempre figuras humanas, solitarias o en grupo, exentas de ropajes; “desnudas hasta de su propio desnudo”, escribió el crítico Delfín Rodríguez. No tienen una edad precisa y son profundamente andróginas, tal vez por ese deseo primigenio que late en todo ser humano de sentirse completo. Un deseo de reconstrucción original, lejos de toda supremacía sexual o enfrentamiento. Esta elección estética me identifica con

los griegos, que tuvieron como ideal un tipo humano poco marcado por su dimorfismo sexual, y también con los egipcios, bastantes ambiguos en este aspecto.

Pertenezco a la tradición mediterránea, a ese mar nuestro. Siempre he creído que la mejor vanguardia es la que se basa en la tradición. Miramos el pasado para crear el presente y proyectarnos al futuro. Se trabaja siempre desde la memoria.

Acepto la calificación que se me ha otorgado de artista neoclásica --un clasicismo extraño, diría yo-- siempre que se añada después que soy una creadora conceptual, porque el interés de mi escultura radica en las alegorías que genera la relación que establezco entre la figura y los elementos, o escenarios --algo muy teatral--, que añado ésta. La extensión en el espacio, como el juego con los elementos añadidos, es lo que le confiere su contemporaneidad, y la traen al hoy.

Utilizo los mitos clásicos porque actúan como arquetipos, porque son un perfecto espejo donde observar nuestra condición de hombres. Da igual que traiga al hoy a Ícaro, a Prometeo, a Narciso, a Pandora o a Sísifo, que aun permitiéndome distintas posibilidades formales, o adoptar una mirada más irónica, o afilar su dimensión trágica, siempre son el mismo hombre, que es todos los hombres, que han sido, que somos y que seremos.

Siempre se presentan, para mi sorpresa, trashumantes; transitando despojados por el teatro de la vida buscando un destino: Prometeo es el sometimiento, nuestro destino, atados a la tierra. Ícaro, el desafío a los límites; Foucault dice que si pudiéramos hacer una auténtica radiografía al hombre encontraríamos en él la ilusión de volar, de tener alas. Sísifo es el entusiasmo para la consecución de un fin; “el esfuerzo para llegar a la meta basta para llenar el corazón del hombre”, dice Camus. Narciso es la identidad, el espejo que nos devuelve lo mejor y lo peor de nosotros mismos.

Me gusta que mis esculturas nieguen el tiempo, o sean atemporales, que sean presente continuo, que tengan una presencia cálida y cercana. Soy, como Nonell, una amiga bien intencionada de mis criaturas. Y me gustaría dignificarlas, llenarlas de la mayor belleza posible. Acercarlas a los dioses.

Y, finalmente, y, por encima de todo, me gusta pensar que ayudan a reinstaurar al hombre como centro del universo, contra la voluntad que,

sigilosamente, y en nombre del progreso tecnológico, pretende que triunfe el mayor de los fascismos, que es borrarlo de la faz de la tierra.

Desde 1995, me he encaminado a realizar lo que entendemos por escultura pública. Siempre he creído que al arte debería ser público; es decir, destinado a todos. Sacar al exterior la escultura, situarla en el ámbito de la ciudad contemporánea y que encuentre su sitio, es el gran reto en el que estoy empeñada. Suelo decir que el exterior puede ser desolador para una escultura, porque ha de competir en un escenario plagado de señales, mobiliario urbano o múltiples signos que “ensucian” el aire que ha de ocupar la obra.

Pero, la escultura, en la ciudad contemporánea, no debe ubicarse con el mismo criterio que en siglos pasados, porque liberada hoy, gracias a otros medios, del carácter narrativo y ejemplarizador al que se veía obligada, puede buscar su esencia.

Ha comenzado un nuevo camino. Debe encontrar su sitio. Un espacio necesario. Con un nuevo carácter, que responda a nuestra sociedad democrática. Debe estar introducida en el paisaje, no con la forma impositiva que le confería el siglo XIX --es decir, centrada en una plaza y en alto--, sino libre, incorporada tan orgánicamente al paisaje que se pueda elegir mirarla o no.

Es urgente hacer comprender a los responsables políticos que la obra escultórica no debe tratarse como mobiliario urbano, porque es mucho más. Así como el trazado de un asentamiento humano en forma urbana nos habla del vivir de sus habitantes y la arquitectura refleja su carácter social, su defensa contra el clima, su fragilidad o su poder, la escultura no puede ser el adorno final que pretenden que sea. La escultura, la forma tridimensional, tiene personalidad: nos habla de los anhelos profundos del hombre, de su combate para vencer la soledad desde el principio de la historia. ¿Qué son si no los tótem de las tribus primitivas? ¿Se olvida que el primer hombre escultor quiso ser dios dando cuerpo, a su imagen y semejanza, sacando de la arcilla primigenia al otro para no estar sólo? ¿Existe mayor conmoción metafórica?

Este reto apasionante no es fácil. Tropezamos con la incompreensión no sólo de los interlocutores que deben decidir. Nuestras esculturas son recibidas a veces por los ciudadanos con indiferencia, cuando no con manifiesto rechazo. Pero debemos aprender a conectar con el sentir de nuestro tiempo, a no despreciar la intuición y la voluntad populares. No aceptemos, al menos de

partida, el fracaso. Como decía Pericles “que no digan de nosotros que no quisimos hacerlo; en todo caso, que no supimos hacerlo”.

La realidad nos enseña cada día que “es posible”, tenemos el emocionante caso de Gromley en las playas de Escocia. Los habitantes han exigido a las autoridades que la instalación temporal de figuras en la arena, que a veces son cubiertas por el mar en su crecida, sea definitiva. Que pertenezca para siempre a ese lugar.

Quizá la solución pueda ser la adoptada por la ciudad de Münster. Cada diez años un número de artistas, elegidos por un comisario, hacen, cada uno de ellos, una propuesta escultórica y eligen el lugar donde desean instalarla. Tras la “convivencia” de tres meses de la obra con la ciudad, se decide, popularmente, qué escultura debe ser adquirida y permanecer para siempre como patrimonio en sus calles. La que mejor haya respondido a sus demandas estéticas y espirituales.

Yo tuve una experiencia de este tipo en Oviedo, cuando hice una exposición antológica en el Mercado de Pescado, y puedo decir que la elección popular fue acertada. Eligieron una cabeza de manifestación que se conoce como “Monumento a la Concordia”, en la Plaza del Carbayón. No sé si será una de mis mejores obras, pero ellos la han hecho emocionantemente suya, y se ha incorporado a la vida de la ciudad. Y puedo decir ya que es la que más demandas me ha proporcionado de todas mis obras hasta hoy.

Termino aquí mis reflexiones en voz alta y quisiera grabar a modo de dibujo una imagen... Figurémonos un paisaje desnudo:

Al fondo, una línea horizontal,
la línea del horizonte.
Aparece un hombre y levanta un edificio.
Luego, otro, que modela una figura.
Un tercero, construye una forma imprecisa.
Detrás, alguien que erige un obelisco de palabras, un poema.
Después, uno más, con el torrente de su voz clava el pentagrama.
Y así, van desfilando,
más, y más, y más,
un sin fin de ellos,
llenando el paisaje.
Si nos alejamos, advertimos que todo son líneas verticales.

¿Qué buscan con ello?
¿Alcanzar el cielo?
¿No consumirse en su propia soledad?
¿Perseguir lo inexplicable?

El maestro Anish Kapoor responde: “Soy un artista abstracto, porque no tengo mensaje que ofrecer al mundo, pero tengo interrogantes”.

Yo tampoco tengo respuestas..., pero, con curiosidad, voy cada día a mi taller y me dispongo a cumplir mi trabajo, esperando que ocurra el milagro: hacer una escultura.

Gracias, Juan Ramírez, por tu provocación.

Y gracias a todos por escucharme.